

Sobre la instrucción del clero

Por creerlo como escrito para nuestros días, transcribimos un artículo, muy poco conocido, de Balmes, cuyo centenario estamos celebrando.

LA DIRECCIÓN.

Los sagrados dogmas de la religión permanecen siempre los mismos, siempre inalterables; porque siendo verdades reveladas por Dios no pueden estar sujetas a mudanzas. Pero las formas bajo las cuales puede presentarse en sus relaciones con el hombre, con la sociedad y la naturaleza, son muy varias; y de aquí es que vemos explanada la doctrina de la Iglesia de diferentes modos, según han sido diferentes los tiempos y las circunstancias. A esta variedad han contribuido dos causas: el estado de los pueblos a quienes se había de enseñar, y la clase de enemigos con quienes era preciso combatir. Los apóstoles y sus inmediatos sucesores hablaban un lenguaje distinto del que usaban los misioneros que se proponían convertir a los bárbaros del Norte; los jesuítas predicaban a sus neófitos del Paraguay en estilo muy diferente del de Bossuet, Massillon y Bourdaloue; y al lenguaje de unos ni otros no se parece el que oímos de Ravignan y Lacordaire. En la polémica con los enemigos de la Iglesia notamos la misma variedad. Hay diferencia muy palpable entre las obras de San Jerónimo y de San Agustín, y las de estos Santos Padres y las de Santo Tomás; entre las de Belarmino y las de los doctores de los siglos medios; entre las de Bossuet y las de Belarmino; y entre las de los apologistas más modernos y de los siglos que precedieron.

Según es diferente el estado intelectual y moral de los pueblos es necesario hablarles otro lenguaje; lo que es muy fácil al hombre civilizado, es inasequible al bárbaro; lo que para el sabio es muy llano, es inaccesible al hombre rudo. Hasta entre los pueblos civilizados es muy extensa la escala en que se hallan distribuidos; y según sea el desarrollo intelectual y moral a que hayan llegado, será preciso ofrecerles las ideas bajo distintas formas, y excitar de diferente manera sus sentimientos. ¿No estamos palpando esta verdad en el recinto de una misma población? ¿No experimentamos que un discurso muy acomodado para un auditorio escogido, será totalmente desproporcionado para la generalidad del pueblo? Expresiones que repugnan a aquél son muy agradables a éste; y rasgos que al segundo le arrancarán abundantes lágrimas dejarán frío al primero, y quizás le moverán a desprecio o risa.

Si esto se verifica entre los habitantes de una misma ciudad, cuyas ideas, sentimientos y costumbres han estado en perenne comunicación, y que por necesidad han debido afectarse recíprocamente, ¿qué no sucederá con generaciones

apartadas unas de otras a la distancia de largos siglos? Claro es que si se ha de obrar sobre los espíritus con suavidad y eficacia, ha de ser adaptándose a ellos, y tomando, por decirlo así, su carácter e inclinaciones. Obstinar en hablar a los hombres de hoy como se hablaba a los de los siglos medios, sería o desconocer completamente la naturaleza humana, o empeñarse en inútil lucha con la realidad de las cosas.

Cuando se trata de defender la verdad, es preciso pelear en el terreno donde el adversario coloca la cuestión, si no queremos que se nos llame amigos de las tinieblas y del exclusivismo, y se diga que no somos capaces de sostener ventajosamente la lid, sino en el palenque que nosotros mismos hemos escogido, preparándole adrede con estudiadas ventajas que garanticen el triunfo de nuestra doctrina. Estos adversarios emplean también diferentes medios de ataque, según la variedad de tiempos y circunstancias; y esto lo hacen, no tan sólo con premeditación de un plan, sino también porque afectados del espíritu del siglo en que viven, echan mano con preferencia de aquella clase de argumentos que más se adaptan al estado intelectual de su tiempo.

De estas consideraciones inferimos la indispensable necesidad de que los conocimientos del clero se hallen al nivel de la época, para que la causa del error no cuente con recursos de que escasee la verdad. Es preciso que los ministros de la religión se penetren de toda la gravedad e importancia de este deber, y de cuán necesario es que viviendo separados del siglo por la pureza de la vida y la austeridad de costumbres, no permanezcan inmóviles en medio de la marcha que en sus alrededores se verifica. Es menester grabar profundamente en el ánimo, que no es inconciliable la luz del entendimiento con la rectitud del corazón, que la ciencia no está reñida con la virtud, y que los eclesiásticos pueden muy bien tener la vista fija sobre el progreso intelectual, sin dejarse contagiar de la corrupción que a veces acompaña los adelantos.

El hombre encargado de enseñar a los demás las verdades más importantes, no debe quedarse rezagado en ningún sentido; así como debe servirles de modelo en la pureza de la vida, así debe también empuñar el cetro de la inteligencia; porque es preciso confesar que la reunión de la santidad, de la sabiduría y del sacerdocio forma un conjunto tan sublime, que a su ascendiente no pueden resistir hasta los espíritus más incrédulos. Obsérvese lo que acontece en el mundo, y se notará que donde quiera que existe esta admirable reunión de circunstancias, allí se dirigen los homenajes del público; y hasta los más dominados por preocupaciones contrarias a la religión, o tributan un obsequio a la persona, o permanecen en respetuoso silencio. Cuando los vándalos entraron en Hipona acataron los restos de San Agustín que acababa de fallecer: cuando ocupaba la Silla de Cambray el inmortal Fenelón, los jefes de los ejércitos se impusieron el deber de respetar el territorio del ilustre prelado.

Como los individuos del clero, por razón de su instituto, han de vivir apartados del mundo, mayormente mientras se están formando en los seminarios, corren el peligro de acostumbrarse a un orden de ideas, sentimientos y hábitos que nada tengan de semejante con lo que prevalece y domina en la sociedad que los rodea. Este inconveniente, nacido de la misma naturale-

za de las cosas, sólo puede obviarse teniendo montados los sistemas de instrucción con tal arte, que los jóvenes al propio tiempo que se penetren del espíritu del Evangelio para arreglar a él sus costumbres, conozcan también al espíritu del siglo para dirigir acertadamente a los que viven en medio de él. Y no se crea que un sistema semejante sea de todo punto imposible: es difícil, sí, no lo negamos; pero con buena intención, con firme voluntad y perseverancia se superan los mayores obstáculos y se da cima a las más áridas empresas. No opinamos que este resultado deba obtenerse siempre por medio de largas disertaciones; hay cosas que más bien se sienten que no se entienden; y quizás un rasgo, una anécdota, una reflexión oportuna, un cuadro de costumbres, enseñan más sobre el espíritu del siglo que un abultado volumen.

Dos cosas deben contribuir al logro del objeto indicado: los profesores y los libros; y sobre unos y otros conviene fijar la atención escogiendo los más acomodados al intento. Por lo que toca a los profesores, es ciertamente lamentable que las cátedras de los seminarios estén dotadas tan infelizmente, que no sólo no se las puede mirar como término de carrera, pero ni aún como un medio transitorio para ganarse la subsistencia. Quizás nos engañemos, pero en nuestro concepto pocas prebendas debiera haber que brindasen más emolumentos y comodidades que las cátedras aún de los más pequeños seminarios; porque en no siendo así nadie quiere consagrarse a un trabajo tan asiduo y penoso, es mirada la enseñanza como accesorio de otro destino cualquiera, y en la primera oportunidad que se ofrece aprovecha el profesor la ocasión de salir de un estado tan precario. De esta manera, cuando un joven ha empezado a formarse y a manejar las materias con soltura y desembarazo, abandona el puesto que en adelante habría ocupado con fruto, y es sustituido por un inexperto, que va a ensayar sus limitados conocimientos por espacio de pocos años, para seguir a su vez el camino de su antecesor cuando su capacidad comience a extenderse y adquiera más habilidad y tacto para hacer adelantar a sus discípulos.

Pocos son los hombres a propósito para enseñar bien; y aún los que han recibido de la naturaleza este don precioso, no lo emplean con acierto sino después de mucha observación sobre el efecto que producen los diferentes métodos. Es tanta la variedad de los talentos, es tal la diversidad de las materias, se reúnen en torno de una misma cátedra alumnos de índoles tan distintas, que sólo a fuerza de un tacto exquisito que por necesidad ha de ser el fruto de dilatada experiencia, puede un profesor presentar sus ideas de tal manera que no excedan la capacidad de los de alcance limitado y no fastidien a los de comprensión aventajada. Es preciso coordinar los pensamientos de tal suerte, que mientras sean para los de corto talento como una cartilla que les sirva de modelo, sean también fecunda semilla para los que estén dotados de una capacidad vasta, y se sientan inclinados a meditar por sí mismos los objetos de la enseñanza.

Las ciencias eclesiásticas presentan bajo este punto de vista terribles dificultades; cuando se las quiere presentar de manera que, sin perder nada de su verdad y gravedad, puedan ofrecerse a los ojos del público sin causar extrañeza, antes llamando la atención por su dignidad y lustre, se encuentran tales embarazos que sólo puede deshacerse de ellos una mano muy ejercitada. Entre varias razones que quizás podrían señalarse, es en nuestro concepto una de las prin-

cipales el que los estudios eclesiásticos si han de ser sólidos y profundos, han de hacerse no sólo con los libros modernos, sino con los antiguos. Así por ejemplo, quien ha de poseer perfectamente la teología no ha de contentarse con lo que se ha escrito en los últimos tiempos. La Sagrada Biblia, los Santos Padres, las obras de los teólogos escolásticos, hasta las escritas con mal latín y pésimo gusto, han de ocuparle largas horas; y así es que está en peligro de acostumbrarse a vivir en otro siglo, con hombres muy diferentes, dando a sus ideas una dirección que nada tiene que ver con la que generalmente reciben las de los educados en medio del bullicio del mundo.

Cuando la Religión dominaba completamente la sociedad, y la tenía, por decirlo así, bajo su tutela; cuando la clase eclesiástica era la primera en todos los órdenes, ejerciendo bajo distintas formas un poder político y poseyendo la preeminencia en las ciencias y en las letras; formado un alumno en los seminarios adquiriría allí mismo en cierto modo el espíritu del siglo. La literatura, la filosofía y las facultades mayores a que se dedicaba en el colegio, eran las mismas que se estudiaban en las universidades y demás establecimientos públicos. Ahora, introduciendo el divorcio entre la política y la Religión, esparcido por la sociedad el escepticismo, habiendo desaparecido la afición a las ciencias eclesiásticas y cundido cierto desvío por todo lo que tiene visos de disertación de escuela, resulta que el joven que sale de un seminario donde no se hayan tenido en consideración estos hechos se encuentra con un mundo que ni le comprende, ni es comprendido por él; con unos sabios que hablan otra lengua, y que nada entienden del idioma de los sabios de otras épocas, único que conoce el recién venido; si ataca a algún adversario, parte de principios que el otro no admite; y si es atacado y se defiende, contesta en términos quizás profundamente sabios, pero cuyo sentido el contricante no alcanza, por ser aquella la primera vez que los oye. De manera que puede muy bien ocurrir que un joven de talento muy claro, de dilatada instrucción y profundo saber, se encuentre embarazado en la polémica con un ignorante, no por falta de excelentes armas, sino por no tenerlas acomodadas al uso del día.

Por estas razones es de la mayor necesidad que cuantos toman parte en la dirección de los establecimientos de enseñanza eclesiástica, procuren por todos los medios posibles que la instrucción y la ciencia, sin perder nada de su exactitud y solidez, sin contagiarse de esa especie de disipación y vaguedad, que es uno de los achaques de que adolecen los conocimientos de nuestra época, la misma ciencia, repetimos, de San Agustín, de Santo Tomás, de Belarmino, de Suárez, de Melchor Cano, se revista a los ojos del mundo con el traje que requiere el espíritu de nuestros tiempos; es preciso que la exposición de las mismas ideas se haga de diferente manera; que el hilo de los raciocinios se conduzca con nuevos métodos; que las fuentes de la argumentación, cuando se haya de apelar a la razón natural, sean adaptadas al gusto científico dominante. Este gusto será, si se quiere, caprichoso, insustancial, inferior al que prevaleciera en otros siglos; pero sea lo que fuere, no está en nuestra mano el destruirle: es un hecho, y aún cuando no se le apruebe, es necesario conocer que existe, y obrar conforme a las nuevas condiciones que él nos impone. Protestar contra él, empeñar-

se en no tenerle en cuenta, proceder como si no existiese, es luchar contra la fuerza de las cosas, es condenarse a vivir en el aislamiento, es privarse de los medios de acción sobre la sociedad, es no querer emplear en defensa de la Religión armas que pueden servirle mucho, es olvidarse de la conducta que siguieron en todos tiempos los doctores de la Iglesia, cuando aplicaron también al orden científico aquella regla del Apóstol, de hacerse todo para todos para ganarlos a todos.

J. B.

ACTUALIDADES

Una nueva traducción castellana de la Suma Teológica

Acaba de llegar a mis manos la traducción castellana de la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino que presenta la B. A. C. (Biblioteca de Autores Cristianos) de España.

No hay duda que la apetencia espiritual por todo lo que se relaciona con la filosofía y teología de Santo Tomás de Aquino se ha acentuado notablemente estos últimos decenios entre los intelectuales católicos y acatólicos: el Doctor Común, debido por una parte a la transparente profundidad de su doctrina, y por otra, a la característica catolicidad de su sistema filosófico y teológico, ha resultado un personaje interesante para todos.

Esta nueva traducción de la Suma Teológica nos lo muestra una vez más: todo lo pertinente a Santo Tomás de Aquino encuentra pronta y benévola acogida entre los aficionados a la lectura de los grandes pensadores.

La traducción que nos ofrece la B. A. C. posee características propias que la valoran singularmente. Se presenta, en primer lugar, como una traducción castellana acompañada del texto original latino: lo que significa un verdadero acierto, dado que el público hispano que se dedica al estudio de la Suma Teológica, está formado en su inmensa mayoría por intelectuales que desean poseer junto con la traducción que les dé las correspondientes expresiones hispanas del pensamiento de Santo Tomás, el texto original con el que se pueda confrontar la traducción, para llegar de ese modo a la misma fuente de donde brotan las aguas tomistas.

La traducción está precedida de una extensa y erudita introducción histórico-filosófico-teológica del P. Ramírez sobre Santo Tomás.

Nos ha llamado la atención el silencio que se guarda en la introducción sobre la excepcional contribución de la Compañía de Jesús en la aprobación y recomendación de Santo Tomás en la enseñanza de la filosofía y teología. Se puede decir sin exageración que ninguna Orden Religiosa ha aventajado a la Compañía de Jesús en lo que se refiere a la valoración filosófica y teológica de Santo Tomás. Según el eminente historiador Card. Ehrle fué providencial el que San Ignacio y sus primeros compañeros fueran formados filosófica y teológicamente en las Universidades de París y Salamanca, donde se explicaba ya la

* Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino por una comisión presidida por Francisco Barbado Viejo, O. P. - Tomo I. - Introducción general por Santiago Ramírez, O. P. Tratado de Dios Uno (I, q. 1-26). La Editorial Católica, S. A., B. A. C., Madrid, 1947.